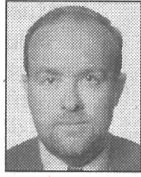


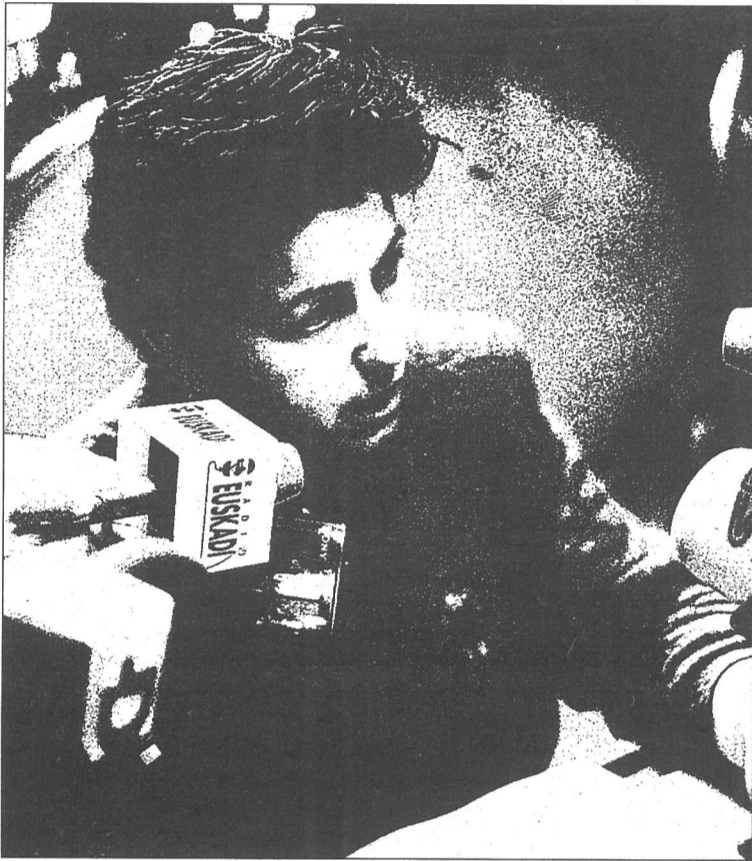
UNA de las cosas que más me han impactado en mi ya larga actividad como protagonista y observador de la vida política es el haber descubierto lo fácil que resulta a los seres humanos tomar por verdades absolutas y realidades inmutables lo que de hecho no constituyen sino meros *wishful thinking*, auténticos espejismos creados por nuestro propio subconsciente, individual o colectivo, y que no tienen nada que ver con la vida real. Y, lo que es más trágico, lo terrible que resulta negar a los demás el pan y la sal, en este caso, su propio derecho a existir, en base a lo que, a la postre, no resulta sino una pura alucinación mental.

Los muchos miles de ciudadanos que tuvimos la desgracia de sufrir en nuestras carnes los zarrazos del régimen en los largos años de la noche franquista, pensábamos que nos enfrentábamos a una fuerza inmensa, casi sobrehumana y lo que es peor, con visos de eternizarse definitivamente. No olvidaré jamás la facilidad con la que el franquismo devino durante la transición democrática en un lejano, lejanísimo recuerdo histórico. Desde el punto de vista cronológico, a la España de la Constitución de 1978 o la Euskadi del Estatuto de Autonomía de 1979, les separaba del franquismo cinco años escasos. En la vida real, Franco y el franquismo habían quedado a una distancia casi sideral. He ahí una perfecta demostración de lo fácil que resulta tomar por real lo que de hecho no es sino un espejismo, a veces delirante. Franco pretendía eternizarse en la historia. Bastó un gramo de dignidad de unos cuantos valientes en los años oscuros, y otro gramo de responsabilidad de la mayoría de los ciudadanos en el periodo de transición democrática, para que de aquél monstruoso Leviathan no quedara ni el más mínimo rastro.

Carta abierta a 166.000 ciudadanos



GURUTZ JAUREGUI
Catedrático de Derecho Constitucional



Ahora nos enfrentamos a otro Leviathan... de pies de barro. Al igual que entonces, a veces nos parece que la pesadilla del terrorismo no va a tener fin, que va a ser lenta. Nada de eso. Tan sólo necesitamos medio gramo de dignidad para que ese fantasma quede reducido a su auténtica

condición de mal sueño que nunca debimos tener. En nuestras manos está el librarnos de esa pesadilla.

Pero no es al conjunto de los ciudadanos vascos a quienes va dirigida esta carta, sino a esos 166.000 hombres y mujeres que, atrapados en esa tela de araña

que confunde la ficción con la realidad, siguen apoyando a ETA mediante el voto acrítico en favor de HB. Dentro de unos años, más bien pocos que muchos, esa ETA de la que, parafraseando a Dante, «tanto os alegráis y es tan grande que su nombre es famoso en el mismo infierno», quedará reducida a un mal recuerdo. Y entonces os preguntareis: ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué ha sucedido? ¿Cómo ha sido posible que sucediera?

Permitidme que os avance la respuesta que recibiréis entonces. En primer lugar, os recordarán que esa ETA fue posible porque recibió vuestro apoyo entusiasta y os recordarán que ese apoyo fue perfectamente consciente a sabiendas de los terribles dramas humanos provocados. Y cuando queráis alegar que el apoyo se debió a un estado de ceguera involuntaria, a un lavado de cerebro colectivo en el que estabais inmersos, nadie os creará, porque hasta los niños de corta edad son perfectamente conscientes de que ahí hay muchos muertos, muchas bombas, muchos presos, muchos exiliados, y de que todo eso no está sirviendo absolutamente para nada. Y hasta los niños de corta edad son conscientes de que sea cual sea vuestra intención última, vuestros votos se convierten objetivamente en muerte y desolación. Y no podréis alegar desconocimiento, porque todo un pueblo os está recordando desde hace tiempo que es hora de decir ¡basta!!

Si queréis eludir ese inevitable mal trago, si queréis evitar a vuestros hijos la vergüenza de recordarles que sus padres han contribuido a hacer perdurar un sólo día esa terrible mancha que ensucia a nuestro pueblo, todavía estáis a tiempo. Basta con que griteis ¡basta!! junto con todos los demás ciudadanos. Os estamos esperando con los brazos abiertos. Pero, por favor, apresurados. El tiempo se acaba.

El tamaño de la vileza

JOSE MARIA ROMERA

MIENTRAS se celebran los funerales por Gregorio Ordóñez, en algún lugar desconocido pero no lejano, unos encapuchados llenos de alborozo estarán condecorando al arrojado sujeto que le puso la pistola en la nuca y le descestró un tiro.

También en este otro sitio habrá emocionadas homilias y sentidas manifestaciones de ánimo, y en los ojos del asesino asomará una lágrima de orgullo patriótico cuando el mafioso encargado de officiar la ceremonia elogie su inestimable contribución al enmudamiento del país. Un teniente de alcalde es una pieza mayor que no se cobra todos los días, y si además ese teniente de alcalde representaba al grupo más votado de la ciudad y llevaba una carrera prometedor, haberlo liquidado constituye casi una proeza histórica.

Probablemente los jefes de la banda le darán al matarife el espaldarazo de caballero mediante el cual ingrese en el reservado club de los salvadores, con lo cual el olor de incienso le impedirá percibir el menor indicio de ese hedor que para entonces ya estará despidiendo la segunda falange de su dedo índice, el que apretó el gatillo, y le habrá gangrenado el antebrazo avanzando hasta el cerebro y de ahí irá camino al alma. También demacra el miedo al que asesina, escribió Pedro Salinas, pero ellos atribuirán su palidez a la emoción del momento. Será una ceremonia sencilla, austera y probablemente recoleta, porque los tiempos no están para hacer alardes, pero un rayo de fe resplandeciente entrará por el hueco de la alcantarilla haciendo creer a los celebrantes que participan en un rito angelical en el que hasta las ratas adquieren cierto aire seráfico. Son los últimos ejemplares de una especie en extinción; tal vez no existen, tal vez están muertos y sólo aparecen en esos días aciagos en que los astros se permiten la licencia de traernos alguna pesadilla. Sin embargo, siempre hay un iluminado dispuesto a hacerles el trabajo, un catecúmeno necesitado de rebozarse en el fango y presentarse así ante los jefes para hacer méritos, porque para empuñar una pistola no son precisos muchos estudios y hasta la televisión ha exhibido estos días la hermosa imagen de un tipo que sale de la boca del metro, se encamina a un guardia y le dispara, todo eso en una película muy decoradora.

Hay una épica de lo miserable que siempre tendrá su parroquia, y hay demasiados mentecatos que no aciertan a distinguir entre el cine y la realidad. A la misma hora en que sepultan a Gregorio Ordóñez, alguien se frota las manos sin saber a ciencia cierta el verdadero tamaño de su vileza.

Sensibilidad elemental



ANTONIO BERISTAIN
Director del Instituto Vasco de Criminología

TODAS las personas conservamos una básica sensibilidad que nos abre el espíritu para sentir consternación ante los hediondos crímenes como el que ha ensangrentado nuestra ciudad... y, en cierto sentido, nos ha manchado las manos, nos ha obnubilado la percepción humana de respeto al otro.

En medio del hondo dolor, la amargura y la desorientación, alguien me ha sugerido que escriba unas líneas como persona, como profesor universitario y como cristiano.

Ante todo, mi más profunda condolencia a la familia de don Gregorio Ordóñez.

Conviene, también, proclamar una y otra vez lo que en la Universidad cada día más se patentiza: carece de fundamento y de justificación y de excusa cualquier asesinato terrorista.

Así, nada positivo se consigue en favor de las personas y la lengua y las instituciones de nuestro País Vasco. Don José Miguel de Barandiaran lo repetía sin cansarse, mirando a todo el mundo, sin fronteras endogámicas.

En las cátedras de Victimología no se habla

de torturar, ni de expiar, ni tan siquiera de castigar por hacer daño y por venganza. Pero sí de sancionar, por exigirle la convivencia. En este sentido se ha manifestado también la Asociación Americana de Juristas, en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, el día 27 de julio de 1994: «Tales crímenes deben ser objeto de sanciones penales pues la impunidad no puede ser una condición para la paz».

Los victimólogos piden principalmente que se repare y se atienda a las víctimas, en los ámbitos médico, económico, psicológico, etc.

Según las últimas investigaciones criminológicas, urge programar un nuevo planteamiento más solidario. La mejor manera de superar el terrorismo y librarnos de esa plaga no pide ni permite la venganza. Pero tampoco consiente que permanezcamos a la defensiva. Nos exige tomar a nosotros la iniciativa. Concretamente, hemos de aprender las mejores técnicas para entender y asistir a las víctimas del terrorismo.

Son víctimas no sólo sus familiares, ni sólo sus compañeros(as) de trabajo en el Ayuntamiento y en el Parlamento Vasco, ni sólo sus

amistades... Son víctimas muchísimas más personas e instituciones. Con facilidad, llegan a miles. (El delito terrorista es una incontrolada mancha de aceite en el océano que cubre, emponzoña y perjudica a todos los sectores de la sociedad).

Esta obligación asistencial a las víctimas llega, sin excepción, a todas las personas y a las instituciones de cualquier tipo: académicas, políticas, culturales, deportivas, religiosas (a éstas, sabemos, les incumbe muy especial e inexorablemente).

Preguntemonos si nos hemos concienciado ya de nuestro deber de criticar y condenar nuestro terrorismo. Y de que esto es necesario, aunque no basta.

Hay que hacer más y con otra logística. Hay que lograr algo serio y sistemático, individual y colectivo, en favor de las víctimas de los delitos terroristas. Necesitamos urgentemente nuevas, humanas y eficaces asociaciones no gubernamentales que agrupen y coordinen a centenares de reparadores de las víctimas.

Escuchemos, pues, a quienes ya se atreven a romper el círculo vicioso del silencio y del miedo. Iniciemos el círculo virtuoso, positivo, emprendedor de campañas concretas. Podemos reparar. Podemos recrear. En búsqueda de la paz para nuestras familias, para nuestro pueblo y para todo el mundo.

Reitero mi fraternal cercanía (no carente de esperanza) a los familiares de don Gregorio Ordóñez, a nuestro Ayuntamiento y también a todas las personas e instituciones afectadas por estos comportamientos tan trágicos y tan incomprensibles.